

2007

## La subjetividad nómade de Ines Echeverría Bello: *Entre dos siglos (Diario intimo)*

Patricia Espinosa H.

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Espinosa H., Patricia (Primavera-Otoño 2007) "La subjetividad nómade de Ines Echeverría Bello: *Entre dos siglos (Diario intimo)*," *INTI: Revista de literatura hispánica*: No. 65, Article 9.  
Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss65/9>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in INTI: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## LA SUBJETIVIDAD NÓMADE DE INÉS ECHEVERRÍA BELLO: *ENTRE DOS SIGLOS (DIARIO ÍNTIMO)*

**Patricia Espinosa H.**

Pontificia Universidad Católica de Chile

**I**nés Echeverría Bello nace en 1868 y muere en 1949. Escribe con el seudónimo de *Iris*, tanto ficción como en el registro de los géneros referenciales (memorias y diarios); sin embargo, también tiene una importante y amplia producción en medios de masas. Me refiero específicamente a su presencia continua en diarios, periódicos y revistas en los cuales colabora con textos de crítica literaria, teatral, artículos de arte, costumbres y la condición de la mujer<sup>1</sup>.

*Entre dos siglos (Diario íntimo)* es un texto originalmente escrito durante el otoño de 1900, año de su primer viaje a España en compañía de su marido; volumen que producto de un incendio se destruye, y que *Iris* recupera fragmentariamente a través de sus recuerdos durante 1937. Estamos ante un texto en el que la autora aun cuando aborda su intimidad, denominando *Diario* a su escrito, piensa continuamente en un lector. Es importante también señalar que el pasado se reconstruye desde la mirada de una mujer mayor que no duda en cuestionar con extrema dureza y de modo permanente su carácter y comportamientos juveniles. Advertimos acá, a un sujeto que experimenta un itinerario de crisis continua. Tanto a nivel de religión, como político/social y feminista. Lo anterior nos lleva a plantear que estamos ante un sujeto como proceso. De acuerdo a Rosi Braidotti:

La idea del sujeto como proceso significa que ya no es posible suponer que él/ella coincide con su propia conciencia, sino que ha de pensarse como una entidad compleja y múltiple, como el sitio de interacción dinámica del deseo con la voluntad, de la subjetividad con el inconsciente: no sólo el deseo libidinal sino, más bien, el deseo ontológico, el deseo de ser, la tendencia del sujeto hacia el ser, la predisposición del sujeto a ser. (Braidotti 40)

Hablamos así de un sujeto en crisis, de un sujeto fragmentado que se escapa a los lineamientos impuestos por la modernidad. *Iris* escribe originalmente su *Diario* en 1900, en pleno apogeo del nuevo siglo moderno que emerge; sin embargo sus deseos la develan en la torsión del discurso dominante. La crisis puede leerse como el deseo que se potencia con el transcurso del tiempo. El deseo va siempre más allá de lo que su situación cotidiana, más allá de las filiaciones que se le imponen como la educación, modelos de mujer, pautas de religiosidad. Estamos ante la emergencia de la crisis del sujeto que no se deja cooptar por la hegemonía. Su condición es la de un sujeto que se mueve en los centros, pero que permanentemente los cuestiona mediante la duda del imperialismo del pensamiento racional: “pensar se convierte pues en la tentativa de crear otros modos de pensar, otras formas de pensamiento: pensar se refiere a pensar de una manera diferente” (Braidotti 42).

En el prólogo de este volumen, fechado en 1937, al igual que el segmento que cierra el libro titulado “Hoy”, la autora señala respecto a la escritura del diario: “Desde pequeña sentí urgencia de guardar la huella de mis días. Me apremiaba el ansia de expresión para retener la vida...” (*Diario I*); “Me urgía apresar el tiempo, por la fragilidad de la memoria, en que los recuerdos caen como agua en cesta de mimbre. Quería conservar mis hora, que aun descoloridas y monótonas, eran mías, y jamás se repetirían iguales” (*Diario II*). La fugacidad del tiempo está ligada a la escritura del diario; la escritura, de tal modo, adquiere la función de registro. Un registro que tiene distintos matices de acuerdo a la condición de la sujeto que narra. El prólogo expone la mirada retrospectiva de la autora respecto a su escritura y señala: “Escribía mi diario como una niña circunspecta, que se peina bien, no hace gestos y se retrata en su mejor postura para salir bonita” (*Diario II*). Su visión sobre sí misma es la de una “niña”, que sigue con aplicación las reglas con que fue educada; sobre su intención de “salir bonita”, podemos señalar que aquella escritura, aunque íntima como requiere todo diario, tenía la intención de llegar a un lector. El diario fue escrito así, pensando en un otro, en un destinatario al cual representarse de la forma más veraz posible. Es decir, un sujeto integrado al sistema: “En las paginas del “Diario” sólo asomaba la caduca (sic) impasible de una muñeca de cera, con ojos tristemente dilatados, que miraban sin ver...” (*Diario III*). Su escritura, desde la perspectiva de la propia autora, es la de un sujeto “impasible”, la de una “muñeca”, “que miraba sin ver”, a la cual el mundo le pasaba en su cara más superficial. Tal perspectiva prepara al lector para las páginas que vienen: asistiremos a un texto que nos revelará sus verdades, sus crisis, sus cuestionamientos, una escritura deslegitimada por la propia autora, pero que sin embargo necesita exponerla como parte del proceso de configuración de su yo. Al final del *Diario* de viajes por la península ibérica, el volumen incluye un segmento titulado “Hoy” datado en 1937, en el cual *Iris* desde su

vez se distancia radicalmente de aquella niña/mujer ingenua, dando lugar a la emergencia de una voz feroz en el planteamiento de sus principios sobre temas sociales, políticos, filosóficos. Se encuentra ahora alejada ya no sólo del lugar geográfico, el viaje por España, sino también de su conyugue que ha fallecido y del tono central de sus discursos: la sensibilidad y misticismo con que abordaba tanto el arte como los lugares y los individuos. La autora dice así: “Permanecí enclaustrada, cual virgen necia que no supo proveerse a tiempo de aceite para su lámpara, dentro de un estrecho credo religioso y no sabiendo de amor más que el goce egoísta de dejarse amar” (*Diario II*). El pasado para la narradora situada en 1937, es enclaustramiento virginidad necia, objeto amoroso, religiosidad limitada. Vivió sin tomar conciencia pero experimentó desacomodo, sintió la carencia:

Así pasaba mi pequeña existencia, hasta que irrumpió el “Otro”, mi “Yo” profundo. Supe así de la vida trascendente, que corre en hondos cauces venidos de lejos, y que raras veces aflora a la conciencia ordinaria. Conocí otra vida con sentido nuevo y alta finalidad, en que la pequeñita que yo vivía, clausurada en patio colonial, no era más que la movable y engañosa superficie. (*Diario III*)

Para la *Iris* de principios de siglo, solo era posible el Otro interno, el binarismo de su yo se vive como una diferencia cuyo único lugar posible es la escritura. Pero *Entre dos siglos* (*Diario Íntimo*), aún cuando el título lo inscribe en el género diario, no corresponde a tal genericidad: es una autobiografía. Philippe Lejeune en su conocido estudio de 1975 señala como definición de autobiografía lo siguiente: “Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, cuando pone el acento en su vida individual, concretamente en la historia de su personalidad” (Del Prado 212). A continuación, Lejeune añade como condición fundamental la identidad entre el autor, el narrador y el personaje principal: “El pacto autobiográfico es la afirmación en el texto de esa identidad, que remite en última instancia al nombre del autor en la cubierta del libro” (Ibid. p. 212). No estamos ante un Diario ya que no se trata de la escritura del día a día, ni tampoco de la escritura cuyo único destinatario es el propio sujeto diarista. La retrospectión que realiza Echeverría, intenta recuperar el Diario pero en el mismo acto transgrede el género y se inscribe en la autobiografía en donde se produce un calce entre autor, narrador, personaje protagonista. Tanto el prólogo datado en Marzo de 1937 como el segmento final – datado en Abril de 1937 – de *Entre dos siglos* (*Diario Íntimo*), titulado “HOY (1937) (Páginas sueltas de mi diario íntimo)” ya no pertenecerían al género autobiográfico. Estaríamos así, ante una nueva torsión del texto respecto al género en el cual se inscribe. Ambos segmentos, se inscriben entonces en el género Memoria. Siguiendo la definición de Lejeune:



Las Memorias vendrían a ser, por tanto, la recuperación, a través del gesto del recuerdo prolongado en escritura, de un tiempo pasado, perdido tal vez, que puede pertenecer tanto al pasado privado del escritor como al pasado colectivo de la sociedad [...] En las Memorias, la Historia se refleja, entonces, en una conciencia que nos la cuenta en primera persona, como si los lugares, los personajes y los hechos emanaran del yo que narra o acabarían en él. (*Autobiografía y modernidad literaria* 251).

Tanto en el prólogo como en el segmento que cierra el libro, la autora alude al contexto social español y luego al chileno en una suerte de marco respecto a la totalidad del volumen al cual denomina *Diario*. La perspectiva que enmarca es la de una sujeto que ha transitado dolorosamente por la vida y que conjuga tanto la reflexión sobre su existencia como el contexto socio político en el cual le ha tocado vivir. *Iris* desde el presente intenta recuperar el pasado privado, íntimo, reflejando al principio de manera tangencial la historia para, luego, progresivamente ir enfatizando, me refiero al segmento final del volumen, su discurso en torno al contexto; es decir, su discurso devela la expansión del yo que narra: desde la intimidad al sujeto inserto en la historia.

*Iris*, al comienzo de su diario, señala: “Este mundo gigantesco debía ser sostenido por un físico pobre, de niña anémica y frágil” (p. 12). El cuerpo o el incardinamiento del sujeto es un elemento clave en la constitución de la subjetividad. Según Patricia Violi el incardinamiento: “No debe entenderse ni como categoría biológica ni como categoría sociológica, sino más bien como un punto de superposición entre lo físico, lo simbólico y lo sociológico” (Braidotti 43). Entendemos así, al cuerpo en tanto cruce de relaciones entre lo físico, lo simbólico y lo sociológico. Echeverría alude a su cuerpo materialmente degradado. Estamos ante una imagen que se instala ante el discurso de la modernidad como su opuesto. La modernidad impone el cuerpo sano, vigoroso, un sujeto productivamente útil al desarrollo social, al universo laboral. *Iris* se percibe a partir de la disociación de su interior/ exterior. “Aparecía exteriormente alegre, suave y delicada. Nadie sospechaba la violencia de mis cóleras y la robustez y tenacidad de mis propósitos. Era dominante y parecía sumisa, altiva y me mostraba humilde [...] Permanecía desconocida para los médicos. Mi único remedio o evasión, fue el misticismo” (12). La exterioridad resulta equívoca para los otros; *Iris* proyecta así, rasgos pertinentes a la convención de sujeto femenino: alegre, suave, delicada, sumisa, humilde. Sin embargo, la intimidad, el secreto, ocultaban su ser violento, colérico, robusto, dominante, altivo. Todos estos últimos, rasgos atribuibles al canon de lo masculino que la autora reconoce canalizar mediante el misticismo y la figura de su marido Joaquín, a quién denomina a través de todo el texto “Él”.

La presencia de Chile a través del *Diario* es mínima, al respecto la autora dice: “Fueron franceses los libros que leí... Conocía los poetas, los reyes, los escritores. Nunca había leído el castellano y hablaba la lengua anemiada de América – lengua de cocina, puede decirse, comparada con las donosuras del idioma español, tan poéticamente caballeresco” (*Diario* 52); “Era que yo venía encontrándome a mí misma en belleza – “*beauté*” –, que necesitaba como elemento de vida, a través del francés. En cambio, del castellano escuchaba la vulgar lengua hogareña de las conversaciones aburridas, por estrechas y provincianas, de mi país lejano y nuevo” (*Diario* 53). La belleza es ligada a la lengua francesa en oposición a la vulgaridad de su habla natal. Su visión respecto al lenguaje, nos permite plantear el desprecio larvado que atraviesa el texto respecto a su condición de chilena. A pesar de reconocer que viene de un país nuevo, el español le resulta: “rancio y acartonado. Carecía de originalidad, de pensamiento vivo y palpitante” (*Diario* 53). Chile de tal modo, es concebido como la copia difusa del original europeo: “ – Falta el arte en Chile, la pasión, el espíritu creado; somos copistas serviles; ya lo dice nuestra canción nacional: *Copia feliz del edén...* Y no me place ninguna copia... ¡Crear, crear, Dios mío! ¡No creamos ni vestidos; copias y más copias, y malas copias, por añadidura!” (*Diario* 137). Lo anterior incide claramente en su condición de autoexiliada. El desacomodo que *Iris* experimentó no solo deviene de su disociación ante el rol de sujeto femenino que la sociedad le impone, sino que se liga con la ausencia de arraigo al territorio patrio; incluso con su desprecio ante lo que identifica como falta de creatividad, de originalidad, sometimiento a la reproducción.

La relación de *Iris* con el arte ocupa un lugar preferencial en su relato. La captación artística le permite:

esa distensión del sistema nervioso, que sigue al deleite [...] esa emoción que reboso la desbordo en “El” [...] Me alivio de su peso, compartiéndola. En mi fondo secreto, la belleza me produce pesadumbre de carga [...] En ese momento lo miro a “El”, abrumado como yo misma en su exquisita sensibilidad, y nos comunicamos aquella intensa satisfacción, sin palabras, para liberarnos recíprocamente [...] La emoción artística, grande para mi pequeñez, es deliciosa llevada por dos. (*Diario* 65)

El arte es deleite en tanto atenúa sus problemas nerviosos pero también es dolor. Sin embargo la negatividad se diluye al compartir la experiencia de placer. La experiencia estética requiere así de la alteridad; la figura primordial en este proceso de comunicación no verbal, es su marido, Joaquín Larraín Alcalde. La narradora es quién ocupa en este proceso de captación estética, el rol activo. Ella vive primero la experiencia y luego la traspasa al otro, quien la vive de modo similar.

*Iris* es tenaz en contrastar continuamente en su texto la imagen degradada de sí misma en el pasado, en contraposición a su mirada autocrítica del

presente, no olvidemos que reconstruye el diario desde su ancianidad. Al respecto dice:

mi criterio de entonces – criterio de beata, que no juzga para no pecar – [...] la religión de mi país, los sermones y mi propio fanatismo, están inspirados en la ideología de esa Corte, y en los terrores de esa creencia, que excluye la misericordia y que explota las terribles amenazas del purgatorio y del infierno [...] Convencida, como estaba, de que en esta vida única y brevísima, apenas nos despertamos de un sueño infantil, ya caemos por toda la eternidad en poder de un terrible Juez que sin apelación posible nos arroja a un infierno eterno, por culpas chicas. (*Diario* 69)

*Iris* atribuye sus limitaciones de criterio en el pasado a su formación religiosa. La falta de opinión resulta ligada al temor de no pecar impuesta por la religión. *Iris* identifica un ámbito del catolicismo al cual atribuye el dominio ideológico en su país; sin embargo, su postura no rechaza al catolicismo en su conjunto. Se trataría, desde su perspectiva, de reconocer un catolicismo ligado a la misericordia, capaz de romper con la amenaza del castigo y que permitiera la apelación del sujeto a la divinidad como mecanismo de expiación. La enmienda, por tanto, sería posible y el individuo no estaría condenado a vivir bajo el terror de lo irreversible.

Del mismo modo en que *Iris* critica una versión del catolicismo, es capaz de cuestionar la clase social a la que pertenece. Intenta continuamente establecer contacto con otros, con aquellos seres lejanos a su mundo cotidiano en los cuales descubre grandeza y autenticidad:

Estos encuentros con el pueblo me ponen en mayor contacto con el alma española, (la auténtica, que no falsifican las conveniencias sociales, ni deforma el mundo elegante) (sic) que todos los libros y las conversaciones de los salones. Son almas rústicas, pero sabrosas, que traen un aliento vital no contaminado de mentiras; ignoran el buen tono – barniz que cubre las deformidades morales. (*Diario* 73)

La alteridad la vivifica, la alimenta y permite conocer la profundidad de los otros. Pero hay que destacar que ese otro, pertenece al mundo de lo popular. Es en este sujeto, si se quiere salvaje (me refiero al uso del término “rústico”) donde *Iris* identifica lo verdadero, el espíritu puro contrapuesto a todo aquello impostado por la condición de clase a la cual ella pertenece.

La escritura de Inés Echeverría, nos devela a una sujeto que se expone o examina a partir de la represión, el travestismo narrativo, la sumisión a la cultura dominante. Sin embargo el proceso de constitución de su yo, está condicionado no solo por el poder hegemónico; paralelamente, emerge un sujeto femenino en el cual se cruza – a su condición unidimensional, estable, centrada – lo descentrado, múltiple, marginal y en movimiento.

Inés Echeverría, tiene conciencia de ocupar un lugar socialmente

privilegiado y es, precisamente, en su reconocimiento del “otro” cuando emerge tal conciencia. En su primer viaje a España señala:

¿Estará dentro de la justicia divina el que yo lo posea todo, dentro de esta única vida, y que aquella mujer, joven todavía, permanezca desposeída de todo? Es para mí un enigma. ¿O será, acaso, que la tierra es el purgatorio de las almas que ya existieron y que van a unirse con Dios? ¿Les tocará volver a los sitios de cuyo esplendor gozaron, para vivir la ruin miseria de anonadamiento, por lenta decadencia? ¿Habrà sido esta mujer una Reina y ahora, pobre, infeliz, vive en un pueblo muerto, sin situación, confundida con los miserables? (*Diario* 50)

La narradora expresa su duda ante la justicia divina capaz de actuar de manera tan binaria respecto a los bienes materiales. Rápíamente, llega a una respuesta satisfactoria sustentada en su fe; sin embargo, ésta también se manifiesta en términos de interrogante. La vida se torna para *Iris* un peregrinar incesante, un castigo/degradación de las almas gozosas. De tal modo, su propia existencia privilegiada, gozosa podría contener la amenaza del futuro castigo. Pero *Iris*, aun cuando siente que puede disfrutar/gozar la materialidad, asume que interiormente es un sujeto sufriente, en cierta forma homologable a la figura de aquella mujer pobre señalada en la cita anterior.

Otras de las zonas de goce que la autora expone en su relato, corresponde a su captación estética:

A cada ocasión en que la belleza me da esa distensión del sistema nervioso, que sigue al deleite, siempre urgida como estoy de hallar armonía o descubrir coincidencia o aun de descifrar un símbolo (que es mi subconsciente trabajo interior), cuando hallo la satisfacción producida por el *chef d'œuvre* (sic), que coge el instante supremo, esa emoción que reboso la desbordo en “Él”.

Me alivio de su peso, compartiéndola. En mi fondo secreto, la belleza me produce pesadumbre de carga. Me comprometo conmigo misma a sentirla en idealidad superior, o en símbolo de un orden de cosas pertenecientes a un sistema que me queda alto.

En ese momento lo miro a “Él”, abrumado como yo misma en su exquisita sensibilidad, y nos comunicamos aquella intensa satisfacción, sin palabras, para liberarnos recíprocamente. Era demasiada pesadumbre para mí sola y compartiéndola quedo aliviada por este tesoro que hemos adquirido y conservaremos entre ambos.

La emoción artística, grande para mi pequeñez, es deliciosa llevada por dos. En amor precisa compartir. Es una mutua responsabilidad que dividimos.

Además nunca me sentí colmada, sino cuando le transmitía mi conquista de aquel nuevo aporte espiritual con que la belleza enriquecía mi alma. (*Diario* 65)

Para la autora, el placer estético la libera y solo es posible en tanto lo comparta con su marido; pero al otro masculino, solo le llega aquello que le desborda a la sujeto femenino. La belleza se transforma en una carga, en tanto la ve como símbolo de una instancia trascendental ante la cual se siente empequeñecida, capaz de subvertirse al compartirla. El dolor individual se vuelve placer mediante la presencia del otro. La dialogización del sujeto ocurre cuando el arte opera como mediación. Cabe señalar, además, el modo en que la narradora se refiere a su cónyuge: “El”, con mayúsculas, hiperbolizado en su grandeza, lo cual contribuye a resituar la figura masculina como lugar de poder frente a lo femenino. Su prima Rebeca Matte, le puso a Joaquín el apodo de “Profeta”. “Todo lo que anuncias se cumple. Eres profeta a pesar tuyo” (*Diario* 91). Lo cual demuestra que al grupo familiar/social/femenino al que pertenecía la autora, lo masculino estaba ligado a la grandiosidad, la capacidad de ver más allá de lo que los sujetos comunes advertían. Es la ley patriarcal la que no deja de aparecer. Porque la autora no rearticula ni pone en tela de juicio aquel poder del otro. Lo asume sin más, como un complemento a su placer, a su gozo, como dispositivo fundamental para acceder a un simulacro de liberación. Lo que hay es una sujeto que se niega a configurar su identidad sin la internalización continua de la ley, del poder en última instancia. Solo es, en tanto los demás hacen que ella sea. Es la ley, el marido, quien asume una doble función respecto a dotar de identidad a la narradora: es invasivo y capacitador. Invasivo, en tanto ingresa al lugar privado, su “fondo secreto”, territorio de la captación estética de la autora, interviniendo aquella captación gozosa, alterándola; para luego, en un mismo movimiento, capacitar a la sujeto para vivir en el placer-público. Lo privado, de tal manera, es el lugar del dolor, incluso el placer se vuelve dolor, mientras lo público, obviamente mediatizado por la figura de poder, permite acceder al verdadero placer. *Iris* es recurrente en instalar en su texto su diferencialidad respecto a su esposo. La diferencia, en cualquier caso, la sitúa siempre de modo degradatorio:

Vivíamos en gran disparidad de opiniones con mi esposo. El ve hondo y largo. Es hombre de eternidad; yo siento con violencia, pues la miopía me reduce a acerba (sic) emotividad todo lo que contiene la visión del instante. Mi sentido de las cosas es actual y no percibo lo que traerán los siglos. Esta manera mía, menos honda, pero más vital, nos trajo muchas amarguras.

Yo no podría titular libros: Lo que he visto, pues solamente he sentido por aproximación.

La carencia de vista me ha replegado siempre en la región emocional, y mis escritos carecen de la visión directa de las cosas, que da tanto color a los sentimientos. (*Diario* 97)

La autora reconoce la disparidad con su marido a nivel discursivo. La figura masculina es aquella ligada a la eternidad; por tanto homologable a un Dios. Ella, por su parte, se asume violenta, emotiva, captadora solo del instante, de lo inmediato. “Menos honda pero más vital [lo cual] nos trajo muchas amargas”. El reconocimiento del binarismo, obviamente opositivo y degradatorio, logra sin embargo subvertirse mediante el reconocimiento de que tales características la ligan a la vida. La diferencialidad trae dolor, ella lo sabe, pero logra tenuemente instalar un discurso vindicatorio. Lo anterior devela, que ella era capaz de enfrentarse discursivamente a su marido. Es este el primer momento del volumen en el cual la autora revela trasgredir su condición de pasividad. Además, es también el primer momento en que alude a su cuerpo, territorio que cobrará posteriormente vital importancia: “¡Envidio a mi pelo, de andar por cuenta propia, mientras yo he de someterme a tantas leyes!” (*Diario* 98). El cuerpo emerge también como un lugar importante de leer: es el territorio de la libertad, nuevamente aquello que se expone en lo público, mientras todo aquello que constituye su interioridad es lo que se somete a leyes. En palabras de Michel Foucault:

en toda sociedad, el cuerpo queda prendido en el interior de poderes muy ceñidos, que le imponen coacciones, interdicciones u obligaciones. Sin embargo, hay varias cosas que son nuevas en estas técnicas. En primer lugar, la escala de control: no estamos en el caso de tratar el cuerpo, en masa, en líneas generales, como si fuera una unidad indisociable, sino de trabajarlo en sus partes, de ejercer sobre él una coerción débil, de asegurar presas al nivel mismo de la mecánica: movimientos, gestos, actitudes, rapidez; poder infinitesimal sobre el cuerpo activo. (*Vigilar y castigar* 140)

No se trata de afirmar que para *Iris* el cuerpo sea sistémicamente un territorio de libertad; sino que para ella el cuerpo opera de modo fragmentado. No es un sistema, un organismo total, unitario, integrado sino que se constituye de partes. Un fragmento de su cuerpo es el pelo; es este pequeño territorio el que funciona sin interdicciones. El cuerpo de tal manera, opera en tanto doble signo: fragmentado – que se liga al placer – y unitario, adherido al dolor:

Ya he dicho que era la preñez el terror de mi vida – justificado terror, pues la maternidad me había dañado para siempre, suprimiéndome, con la enfermedad nerviosa adquirida, mi buen carácter – genio de ángel – (como decía mi abuela) para convertirme en insoportable neurótica. Los nueve meses de gestación de la criatura, me eran de inenarrable martirio. La vida se me anulaba y mi cuerpo se convertía en doliente despojo espiritual. (*Diario* 99)

*Iris*, expone un discurso en tono al cuerpo sexuado: a “su” cuerpo sexuado, materialmente apto y culturalmente obligado a la gestación. La narradora problematiza su rol de mujer/reproductora. El daño de la “preñez” será para siempre; la autora identifica así un proceso irreversible y terrorífico ocurriendo en su cuerpo, interviniendo en su carácter angélico. La gestación es un martirio para la sujeto, un devenir en el cual la vida en tanto totalidad se anulaba. Se hace necesario, a partir de lo anterior, abordar la distinción sexo/género. El sexo corresponde a las características biológicas, anatómicas de un sujeto, que imponen la polaridad hombre/mujer. El género, por su parte, alude a las diferencias sociales culturalmente atribuidas (aprendidas) al sujeto masculino versus el femenino. Género es una construcción social sistemática de lo que se asume como “lo masculino” y “lo femenino”. Precisamente porque se trata de una construcción social, el género no está determinado por la biología (por el sexo), está presente en todas las sociedades, y permea todas las dimensiones de la vida social y privada:

El sistema sexo-género permite conocer un modelo de sociedad en el que se explica cómo las diferencias biológicas entre las mujeres y los hombres se han traducido históricamente en desigualdades de índole social, político y económico, en el ámbito de los derechos, etc. Entre ambos sexos, siendo las mujeres las más desfavorecidas en este proceso. El sistema sexo-género identifica lo natural y lo socialmente construido y establece que el sexo no es en sí mismo la causa de la desigualdad de las mujeres sino su posición de género socialmente construida. (*Fundación mujeres 1*)

*Iris* rechaza un atributo, que desde el modelo patriarcal era considerado naturalmente ligado a su condición de mujer: la maternidad. La narradora, se niega a asumir tal determinismo aun cuando no sabe cómo construirse en su diferencialidad. Culturalmente se le han impuesto pautas de comportamiento de acuerdo a su rol de mujer. Lo primordial será entonces, atender al espacio familiar y asumir su función reproductora. Los estudios de género señalan que la reproducción y la sexualidad se construyen culturalmente y aunque por un lado hay un sujeto con una configuración anatómica o biológica determinada, esta conformación no necesariamente va ligada a lo masculino y femenino. La teoría de los géneros, afirma que las diferencias sexuales no marcan definitivamente la vida humana:

Se rechaza, por ejemplo, que el hecho de que las mujeres tengamos la capacidad de reproducirnos implique que tengamos que estar “naturalmente” siempre reproduciéndonos mientras seamos fértiles, o que tengamos que ocuparnos de la crianza y educación de las criaturas, que tengamos que dedicarnos a lo que ahora se suele llamar maternaje o ejercicio de la maternidad; o que el hecho de que las madres tengan la capacidad de amamantar a sus criaturas implique que deban, de paso, alimentar al resto de la familia o del grupo. Hasta cierto punto, todo esto



se sabía ya (seguramente se ha sabido siempre), pero la teoría de los géneros ha sistematizado ideas que antes andaban sueltas y, probablemente, ha llevado el concepto “construcción social y cultural” hasta sus últimas consecuencias. Distinguir entre datos biológicos y género en la sexualidad no implica negar que existan diferencias anatómicas entre mujeres y hombres, ni que haya diferencias por sexo en la experiencia del placer erótico. Lo que se niega es que esas diferencias marquen inexorablemente el comportamiento sexual de las personas a lo largo de la vida (*Fundación mujeres* 1)

A partir de lo anterior, podemos afirmar que *Iris* rechaza su capacidad de reproducción, una función naturalmente adscrita a su rol sexual. La construcción social de la mujer le impone la maternidad a la cual ella considera un martirio. Pero no es solo la maternidad aquello que la daña, la autora así dice: “A esta detención de vida y agudo sufrimiento, seguía el *hijo*, que me condenaba a existencia material, imperiosamente dictada por el amor a la criaturita nueva, salida de mis entrañas y repugnada por toda mi alma, como aniquiladora de lo único y excelente que debía hacer: ¡expresarme! (*Diario* 99). Nos encontramos ante un discurso violento y tremendamente subversivo. La narradora señala esta vez, una nueva condena: el hijo, la materialidad de aquella existencia que la obligaría a detener su expresión. Surge aquí la palabra abyecta ligada a la calificación de aquella figura: lo repugnante. La abyección es el sentimiento primordial de rechazo, de asco, repulsión a lo que se percibe como ley y prohibición. En *Poderes de la perversión*, Julia Kristeva señala sobre lo abyecto:

Surgimiento masivo y abrupto de una extrañeza que, si bien pudo serme familiar en una vida opaca y olvidada, me hostiga ahora como radicalmente separada, repugnante. No yo. No eso. Pero tampoco nada. Un “algo” que no reconozco como cosa. Un peso de no-sentido que no tiene nada de insignificante y que me aplasta. En el linde de la inexistencia y de la alucinación, de una realidad que, si la reconozco, me aniquila. Lo abyecto y la abyección son aquí mis barreras. (Kristeva 8-9).

*Iris* ante la ley que le resulta inaceptable manifiesta repulsión; es el hijo lo abyecto; es el otro que opera como efecto de su degradación aquello que la aplasta, la barrera que la limita, un “algo” (ser “Hijo”) que no es capaz de reconocer amorosamente (la ley social) sino como aquello que la distancia de lo que realmente quiere ser. Estamos ante una sujeto que desvía del canon su deseo de ser. Subversión que desde el punto de vista social es sancionado como una enfermedad. *Iris* es diagnosticada enferma y se le recomienda pasar largas temporadas en hospitales o clínicas europeas de sanidad mental, alejada de sus hijas, marido y del país. La narradora está inserta en un esquema de organización social binario: hombre/mujer lo cual se filtra tenazmente en su discurso:



Vivíamos en gran disparidad de opiniones con mi esposo. El ve hondo y yo largo. Es hombre de eternidad; yo siento con violencia, pues la miopía me reduce a acerba emotividad todo lo que contiene la visión del instante. Mi sentido de las cosas es actual y no percibo lo que traerán los siglos. Esta manera mía, menos honda, pero más vital, nos trajo muchas amarguras [...] la carencia de vista me ha replegado siempre en la región emocional, y mis escritos carecen de la visión directa de las cosas, que da tanto color a los sentimientos. (*Diario* 97)

“Él” vivía sobre horas quietas, llenas y complacientes. Yo, en cambio, sobre minutos vacíos, angustiosos y traidores. (*Diario* 183)

“Él” era lento, majestuoso y de noble apostura; yo apremiada, ligera, flexible y ágil.

Joaquín tenía pacto con el dios Tiempo. No lo traicionaba nunca. Se vestían con lentitud y no faltaba a las citas; acomodaba sus maletas con pausa y no lo dejaban trenes. No pasaba nunca apremio; actuaba con calma y llegaba puntualmente a todas partes. Dando a cada cosa su medida, disfrutaba la ocasión sin premura y colmaba el acto de reposada emoción; yo gozaba apenas del instante, que acogía a medias, y siempre se me escurría el agrado actual por la prisa de no perder aquella otra oportunidad que me aguardaba después.

Hasta nuestros trancos eran diferentes. El caminaba con paso lento, parejo y seguro; yo, en el afán de alcanzarlo, perdía el ritmo, y a veces daba dos pasos y hasta tres para igualar uno suyo.... (*Diario* 184)

Ella y Él son dos entidades que la autora identifica a partir de la diferencialidad de perspectiva y material. Mientras él ve en proyección, ella se limita a la sincronía, apenas es capaz de disfrutar el presente en virtud de querer siempre abarcar lo próximo; la consecuencia de tal acción, es percibida de manera ambivalente. Por un lado, *Iris* ve lo positivo de aquello: la restricción de mirada estaría ligada a la vitalidad; sin embargo, a su vez, también significa carencia de racionalidad lo cual repercute en su escritura. *Iris* ve en su marido un modelo, el cual se esfuerza en seguir sin lograrlo. Su posición, por tanto, es siempre captada como secundaria. Podemos afirmar que lo masculino, desde el punto de vista de la autora, coincide con los esquemas históricamente atribuidos a la construcción binaria, de base falologocéntrica, respecto a los géneros: femenino y emotividad, masculino y racionalidad. *Iris* vive en un mundo dominado por la visión androcéntrica. En palabras de Bourdieu:

El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya: es la división sexual del trabajo, distribución muy estricta de las actividades asignadas

a cada uno de los sexos, de su espacio, con la oposición entre el lugar de reunión del mercado, y la casa, reservada a las mujeres, o, en el interior de ésta, entre la parte masculina, como del hogar, y la parte femenina, como el establo, el agua y los vegetales; es la estructura del tiempo, jornada, año agrario, o ciclo de vida, con los momentos de ruptura, masculinos, y los largos períodos de gestación, femeninos. (Bourdieu 22)

El orden social en el que se sitúa la narradora, es un orden que legitima una división sexual y territorial que no coincide con su deseo. La autora “se lee” a sí misma y señala: “Era una pobre niña burguesa, feliz, sin conflictos, sometida a las convenciones y prejuicios de un mundo estúpido y decadente” (*Diario* 100). Alude así a su condición de mujer empujada a llamarse “niña” y “feliz”; obviamente se refiere a la época en que no tomaba conciencia de su crisis: posteriormente, se inscribe en una clase social, la burguesía para luego cerrar aludiendo a su pertenencia a un mundo restrictivo. La conciencia presente de la narradora la lleva luego a señalar: “Sin embargo, yo sentía un imperioso mandato ancestral de redimirme en verdad, sacudiendo ese cúmulo de artificios, para soltar anclas, desplegar el recogido velamen de mis fantasías, y coger mi remo – la pluma – y surcar desconocidos océanos...” (*Diario* 100). La necesidad de redención es vinculada a lo ancestral. *Iris* en muchos discursos y ensayos, señala con frecuencia su orgullo de estirpe. El hecho de tener como antepasado directo a Andrés Bello, posee un alto valor simbólico; específicamente por el modelo intelectual representado por Bello. *Iris* explícita la necesidad de romper con el orden que la contiene para acceder a la escritura. La salida a la represión en la que vive tiene pues, una finalidad clara: el arte.

La necesidad de subvertir su condición de madre es señalada así nuevamente por la autora:

Este mandato, vago al principio, fue creciendo y desarrollando la tenacidad de su imperio sobre mí.

Empezó por el horror a la preñez, que me anulaba, y a su consecuencia, el *niño*, que por el amoroso cuidado y la responsabilidad consiguiente, me condenaría a vida estrecha, cumpliendo ingratos deberes, que reñían con el primer deber del alma humana: realizarse a sí misma, libertándose de la oprobiosa tiranía inferior del mundo, a que mi nacimiento me sometiera.

El *hijo* nunca fue promesa de amor, sino amenaza de castigo, por renunciamiento a mi *yo* en lo que tenía de más estrictamente individual... (*Diario* 100)

Identifica de esta forma el fundamento natural de su desacomodo existencial: el embarazo aparece como un rito de iniciación hacia la disolución de su ser. La constatación del miedo la lleva a pensar proyectivamente: su

futuro se vería intervenido de manera radical, su vida se vería sometida a un proceso degradatorio imparable. Aquel otro (el hijo) vendría a destruir la posibilidad de privilegiar su deseo en torno a sí misma. *Iris* no duda en señalar su pertenencia a una “oprobiosa tiranía inferior del mundo, a que mi nacimiento me sometiera”. Es decir, reconoce con claridad que pertenece a una categoría inferior tiranizada: se reconoce mujer en un mundo dominado por paradigmas masculinos. *Iris* usa los términos “horror”, “condena” y “castigo” para referirse al embarazo y al hijo. Obviamente es un castigo de género, por ser mujer, por su naturaleza, debe privilegiar al otro/hijo y postergarse a sí misma, “renunciamiento a mi yo”, en virtud de lograr la felicidad y realización de aquel otro:

En mi subconsciente me sentía *Iris*, mensajera de los dioses, y por una criatura desconocida, en camino al mundo, había de suprimir a ese primero y más hondo *Yo*, convirtiéndome en una de tantas pobres mujeres, destinadas a darse en lo *inferior*, con supresión de lo principal, de aquella *Sola cosa necesaria*, que según el Cristo faltaba a la afanosa Marta, perdida en detalles materiales, con desmedro del espíritu.

El hijo – alma que nos viene encomendada, (hecha exclusivamente para nosotros) – no me auguraba más que el tormento de hacer revivir en mi propia carne el tedio de la niñez, el desorientamiento de la juventud y las penurias de la maternidad.

[...] Ese intruso desconocido, y aun constituido en verdugo implacable, que me sacrificaría sin escrúpulo, llegaba a serme abominable. (*Diario* 101)

*Iris* es capaz de reconocer que a nivel íntimo, en “mi subconsciente” señala, sentía que estaba ligada a los dioses, que tenía un mensaje de ellos que comunicar. Ese otro yo que contiene, es *Iris*, el seudónimo literario que utiliza Inés Echeverría en sus escritos. La escritora, por tanto, será eliminada por aquel hijo. Es en este instante, donde la autora por primera vez alude a las mujeres como sujeto colectivo cuyo territorio es lo inferior. Enunciación que deja entrever su conciencia del binarismo superior/inferior, donde el lugar superior es el de la libertad masculina que sí puede satisfacer los deseos de su yo íntimo: “Prefiero hacer verdugos y no víctimas” (*Diario* 103) señala la autora a su marido ante la posibilidad de tener un nuevo hijo, remarcando su certeza ante la posición de subalternidad socialmente adherida al género femenino. Para la autora el hijo es el catalizador de su desgracia, la figura de poder encargada de sacrificarla y al cual merecidamente aborrecía. Aquel odio al hijo ha mutado en su ancianidad, así la narradora dice:

[...] si ahora me dijeran: – Suprime tus libros, quema tus papeles, prepárate a sufrir hasta la muerte, sin consuelo, porque “Él” va a alojar en tu entraña. Necesita cuerpo para cumplir nueva misión en la tierra. Tú estás encargada

de suministrarlo. “Él” no sabrá nunca tu sacrificio, ni te lo podrá agradecer! Tendrás dolor y nada más que dolor. Inutilizarás todo lo que has hecho!... Ante tal ofrecimiento, me entregaría loca de felicidad!

La preñez con sus tormentos, me parecería deliciosa y toda la carga del porvenir desaparecería, por la dicha de poseerlo a “Él” en tiernos años, que no fueron míos, para mimarlo, complacerlo y morirme antes que viniera la otra, la intrusa, la mujer que fui yo, tan egoísta e incomprensiva, hasta odiarme a mí misma en los sufrimientos que le di. (*Diario* 102)

*Iris* en su juventud, se niega a un ser mujer basado en la anatomía; rechaza la definición de que las mujeres sean por naturaleza (en función de su sexo) lo que la cultura designa como femeninas: pasivas, vulnerables, maternales, sacrificadas. El rechazo a lo biológico era tan exacerbado que la autora no duda en señalar: “lo que me había traído ese resurgimiento, era la certidumbre de no estar ya expuesta al temido martirio, con seguridad extensiva a un mes, pero que yo sentí en mi poder asegurada para siempre” (*Diario* 123), “Estoy libre de preñez y desbordo alegría” (*Diario* 127). La autora se refiere a la llegada de su ciclo menstrual como un resurgimiento, el cierre del martirio, un período temporal breve, pero que la libera de la posibilidad del embarazo. *Iris* es una mujer que vive en represión y que producto de ella ha sido víctima de un discurso que la cataloga de “enferma mental” y que ella parece asumir como justificación a su rebeldía. Es el poder higienizador el que despliega con eficacia su aparataje conceptual taxonómico para docilizar su cuerpo y esquemas de pensamiento. Cuando hablo de poder higienizador, me refiero al poder androcéntrico que pretende disciplinar (sanear) cualquier subversión a su orden. *Iris* ha internalizado tal discurso en tanto esquema inmanente de hábito asignado a su condición de mujer, lo cual en palabras de Bourdieu puede entenderse así:

La preeminencia universalmente reconocida a los hombres se afirma en la objetividad de las estructuras sociales y de las actividades productivas y reproductivas, y se basa en una división sexual del trabajo de producción y de reproducción biológica y social que confiere al hombre la mejor parte, así como en los esquemas inmanentes a todos los hábitos. Dichos esquemas, contruidos por unas condiciones semejantes, y por tanto objetivamente acordados, funcionan como matrices de las percepciones – de los pensamientos y de las acciones de todos los miembros de la sociedad –, trascendentales históricas que, al ser universalmente compartidas, se imponen a cualquier agente como trascendentes. En consecuencia, la representación androcéntrica de la reproducción biológica y de la reproducción social se ve investida por la objetividad de un sentido común, entendido como consenso práctico y dóxico, sobre el sentido de las prácticas. Y las mismas mujeres aplican a cualquier realidad y, en especial, a las relaciones de poder en las que están atrapadas, unos

esquemas mentales que son el producto de la asimilación de estas relaciones de poder y que se explican en las oposiciones fundadoras del orden simbólico (Bourdieu 49)

A *Iris* se le impone una matriz de percepciones que inciden en su práctica discursiva que es capaz de identificar la opresión para luego asumir el sentido común, los modelos de representación instalados por el androcentrismo. El transcurso del tiempo, devela una clara reconciliación de la narradora con su función materna. La escritura, algo que tenía en la más alta valoración en su juventud, ocupa ahora un lugar secundario frente a la función de ser madre. La autora es capaz incluso de asumir que ser madre implica renuncia, dolor, sacrificio elementos que no fue capaz de asumir autocalificándose como “otra”, una mujer que causó dolor y que hoy se arrepiente y aborrece.

A partir de lo señalado por la autora, podemos afirmar que los dispositivos de control han logrado reinstalar en ella la binariedad sexo-género antiguamente rechazada. Inés Echeverría vuelve de tal modo a lo “natural”; el haber intentado salirse de su rol materno es asumido como “antinatural”. La diferencia es asumida entonces, como desigualdad irreversible. *Iris* asume su posición de mujer a partir del privilegio de lo biológico y con ello asume también lo que culturalmente se considera legítimo para la mujer. En tanto mujer, ocupa entonces un lugar en la sociedad, el de madre, es decir, su posición depende de su biología. La anatomía así, se vuelve destino que marca y limita (cf. Marta Lamas 108). *Iris* no es capaz de advertir que no es su condición biológica aquello que genera discriminación, sino la manera en que ese hecho biológico es valorado socialmente. Su discurso no deja de operar dentro del binarismo excluyente; por lo cual podía ser madre, valorar tal rol, y a la vez dedicarse a su labor literaria. Cree necesariamente en la opción disyuntiva, es decir o ser madre o no serlo. La maternidad, desde el punto de vista de género, es una construcción cultural. Como señala Marta Lamas: “Los papeles son asignados en función de la pertenencia a un género; pero, ¿cómo o por qué se designan ciertas características como femeninas y ciertas como masculinas?” (Lamas 109). En diferentes culturas cambia lo que se considera femenino o masculino; por tanto, la asignación de género es una construcción social, “una interpretación social de lo biológico” (Lamas 111).

En el segmento final de *Entre dos siglos (Diario íntimo)*, titulado “Hoy” (Páginas sueltas de mi diario íntimo), datado en 1937, su marido ha fallecido y la narradora se encuentra instalada en su país natal: “Vengo de tan lejos – de las brumas coloniales – a la tormenta de este siglo en que cruje la civilización y descendemos al caos...” (*Diario* 403). *Iris* tiene conciencia de venir de otra época, el nuevo siglo se le revela con fuerza inusitada como tiempos de civilización y degradación. La modernidad ha traído avances al país en desmedro de la caída del hombre, presa del materialismo, manteniendo

su dominación sobre la mujer “al servicio de sus intereses” (*Diario* 383). Respecto a la mujer, reconoce además, su degradación desde el punto de vista social y laboral ya que: “sólo inspira deseos y es explotada” (*Diario* 382). Según su discurso, las mujeres aparecen victimizadas por un entorno dominado por la masculinidad, han perdido la posibilidad de ser felices pero han ganado espiritualmente (cf. *Diario* 383). Y aun cuando la autora se reconoce desorientada, tal como en el relato sobre su juventud, ahora asume un discurso mucho más categórico en términos del binarismo femenino subordinado/masculino explotador/dominador. *Iris*, llegando al extremo confesional dice más adelante: “En mi examen de conciencia descubro la terrible llaga que me roe. Mis *prójimos* me son lejanos, distantes, casi enemigos. Yo amo a los míos, a los puros, elevados, nobles, fuertes y caritativos. Los otros, los débiles y corrompidos, me repugnan” (*Diario* 399). Es decir, ha encontrado a quienes reconoce sus iguales. Expone su amor por aquellos que especularmente reproducen sus altos valores. Cabe destacar el binarismo que la autora construye para leer a los otros y a sí misma:

Los otros: débiles, corruptos, repugnantes

Ella/sus iguales: pureza, elevación, nobleza, fuerza y caridad.

Ella ocuparía así un lugar de privilegio, trascendental frente a la otredad degradada en términos valóricos. Inés Echeverría cree férreamente en la salvación de un otro dispuesto a expiarse mediante la apelación a la divinidad. Su discurso hacia, el final de su vida, abandona lo que en su juventud había sido el eje: la condición de inferioridad femenina ligada al poder masculino. En su ancianidad, la autora consolida un discurso centrado en lo social y religioso. Ideológicamente hay un viraje en sus planteamientos. El centro es ahora, la realidad social de su país y su religiosidad. Su perspectiva resulta dogmática y limitada: todas las perversiones están ligadas al otro percibido en su inferioridad. La restricción de su mirada la conduce a territorializar dos lugares, el del mal y el del bien. Es tremendamente fiel a su territorio de clase; es más, no pretende subvertir siquiera la desigualdad social ya que incluso identifica el binarismo pobres/ricos como parte de la naturaleza social. Su reivindicación del otro no pasa por mejorar sus condiciones de pobreza, de explotación sino que por adoctrinarlos religiosamente. Es decir, avala la desigualdad social pero no la desigualdad espiritual. *Iris* en sus palabras finales insiste en su soledad, la incompreensión y el juzgamiento continuo al que ha sido sometida en política, religión y arte. Su único consuelo en aquellos años cercanos a su muerte, doce años después (1949), es Dios.

## Conclusiones

*Entre dos siglos (Diario Íntimo)* es el itinerario existencial de Inés Echeverría Bello, una mujer perteneciente a las elites chilenas principios de siglo que alcanzó grandes reconocimientos públicos por su labor intelectual. Echeverría, en su texto, intenta dividir su vida en un antes, la juventud ligada a la ingenuidad, y un después, ligado a la ancianidad, momento de equilibrio. Nos parece, sin embargo, que todo su itinerario está cruzado por la crisis continua y la ferocidad de su discurso es una marca distintiva en el pasado y presente del relato. Sin embargo, cabe destacar que hacia el final de su vida, surgen en ella reflexiones mucho más profundas en torno a temas sociales, políticos, filosóficos. Para la *Iris* juvenil, solo era posible el Otro interno. Por tanto es posible reconocer en su itinerario una apertura, es ella en diálogo con el entorno lo que articula sus reflexiones. Echeverría, en su primera etapa rechaza su condición de madre porque solo así podrá ser una intelectual. En su vejez, la escritura, algo que tenía en la más alta valoración en su juventud, ocupa un lugar secundario frente a la función de ser madre. Lo anterior, implica que se produce una reconciliación con su rol de madre. Inés Echeverría vuelve de tal modo a lo “natural”; el haber intentado salirse de su rol materno es asumido como “antinatura”. La diferencia es asumida entonces, como desigualdad irreversible. *Iris* asume su posición de mujer a partir del privilegio de lo biológico y con ello asume también lo que culturalmente se considera legítimo para la mujer. En tanto mujer, ocupa entonces un lugar en la sociedad, el de madre, es decir, su posición depende de su biología. Es decir, ha encontrado a quienes reconoce sus iguales. Expone su amor por aquellos que especularmente reproducen sus altos valores. En su ancianidad, la autora consolida un discurso centrado en lo social y religioso. Ideológicamente hay un viraje en sus planteamientos. El centro es ahora, la realidad social de su país y su religiosidad. Su perspectiva resulta dogmática y limitada: todas las perversiones están ligadas al otro percibido en su inferioridad. La restricción de su mirada la conduce a territorializar dos lugares, el del mal y el del bien. Es tremendamente fiel a su territorio de clase; es más, no pretende subvertir siquiera la desigualdad social ya que incluso identifica el binarismo pobres/ricos como parte de la naturaleza social. Su reivindicación del otro no pasa por mejorar sus condiciones de pobreza, de explotación sino que por adoctrinarlos religiosamente. Es decir, avala la desigualdad social pero no la desigualdad espiritual.

## NOTA

1 Publica en el registro de géneros referenciales: *Hacia el oriente. Recuerdos de una peregrinación a Tierra Santa* (1905), *Hojas caídas* (1910), *Perfiles vagos* (1910), *Tierra virgen* (1910), *Entre dos siglos* (1937). En el ámbito de prensa, publica artículos en: *Siluetas, familia, Zig Zag, Pacífico Magazine*, Diario *El Mercurio* y Diario *La Nación*.

## OBRAS CITADAS

Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2004.

Braidotti, Rosa. *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa, 2004.

Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI, 1997.

Fundación Mujeres. "La primera discriminación: la teoría sexo-género". [En línea]. Disponible en: <http://www.mujeresenred.net/news/article.php3?id=article=327>.

García Canclini, Néstor. *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Nueva Imagen, 1982.

Iris. *Entre dos siglos (Diario Íntimo)*. Santiago: Ercilla, 1937.

Kristeva, Julia. *Los poderes de la perversión*. México: Siglo XXI, 1988.

Lamas, Marta. *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Miguel Ángel Porrúa, 2000.

Del Prado, Javier et al. *Autobiografía y modernidad literaria*. Murcia: Universidad de Castilla-La Mancha, 1994.

Reyes del Villar, Soledad. *Chile en 1910. Una mirada cultural en su centenario*. Santiago: Sudamericana, 2004.

Subercaseaux, Bernardo (edit.). *Inés Echeverría (Iris). Alma femenina y mujer moderna*. Santiago: Cuarto Propio, 2001.